

El temor de la muerte



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

El temor de la muerte

Nº 3125

Un sermón predicado la noche del Jueves 17 de Diciembre de 1874 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres. (Y publicado el Jueves 31 de Diciembre de 1908).

“Y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”. — Hebreos 2: 15.

Es algo muy natural que el hombre tenga temor de morir, pues, originalmente, no fue creado para morir. Cuando Adán y Eva fueron puestos en el huerto del Edén en el principio, estaban en una condición tal que podrían haber permanecido allí por miríadas de años, si hubiesen guardado su integridad. No había razón para que el hombre no caído debiera morir; pero ahora que hemos pecado, las semillas de la corrupción están en nuestra carne, y está establecido que los hombres deben morir.

Sin embargo, como si el cuerpo supiera que no fue de acuerdo al primer decreto del cielo que tuviera que sucumbir a la tierra y al gusano, tiene una renuencia natural a regresar a su último lecho. Y este temor de la muerte, en tanto que es natural, no es malo. De hecho, sirve un propósito muy elevado en la economía de la humanidad, pues habría muchos individuos tentados a poner un fin a esta vida mortal, si no fuera por el temor de la muerte. Pero poner un fin a su vida por su propia mano sería un hecho espantoso; probaría que no era un hijo de Dios, pues “Sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él”. Quiero decir, por supuesto, si tal hecho fuera llevado a cabo por alguien en posesión de sus sentidos; no estoy juzgando a quienes han perdido la razón, y que no son responsables de sus actos. Si alguien en su sobrio sentido cometiere un suicidio, no podríamos tener ninguna esperanza de vida eterna para él. Sin embargo muchos se suicidarían si no fuera porque tienen grabado el temor de lo que resultaría al poner así fin a su existencia.

Hasta aquí podrán ver que el temor de la muerte cumple un buen propósito, y es, en sí mismo, bueno; pero con mucha facilidad puede ir más allá del punto de ser bueno, hasta la región en que se vuelve un mal; y yo no dudo que muchas personas piadosas estén imbuidas de un temor a la muerte que es muy malo, y que produce efectos muy nocivos. Algunos, sin duda, han sido impedidos de confesar a Cristo, y de seguirlo plenamente, por causa del temor de la muerte; tal vez no tanto ahora como en los días de los mártires. En aquel entonces, hubo espíritus heroicos que iban voluntariamente a la hoguera, o a cualquier otra forma dolorosa de muerte que hubiese decretado el tirano en turno, y alegremente, con gritos de victoria, entregaban sus vidas que no estimaron preciosas para sí mismos, por causa de Jesucristo.

Pero hubo espíritus tímidos que rehuyeron esa ordalía; amaron la vida y temieron a la muerte, especialmente en las terribles formas en que les iba a ser impuesta. Esta huída sería errónea en cualquiera de nosotros; si el temor de la muerte nos condujera a deshonorar a Cristo, seríamos culpables de pecado mortal. Si un hombre resuelve seguir a Cristo, no debe amar más su propia vida en comparación con el amor de Jesucristo, sino que debe estar anuente a entregarla por causa de Aquél que entregó Su vida en la cruz por nosotros.

El temor de la muerte también motiva a muchos cristianos a soportar muchas aflicciones innecesarias. Están enfermos, y a punto de morir, y, en vez de tener un estado mental calmo y sereno, como deberían tenerlo, están perturbados y agobiados en gran manera. Aun cuando se encuentren bien, sucede algunas veces que, al sentarse y reflexionar acerca de sus últimas horas, se deprimen y se preocupan. Ahora, esta aflicción es una aflicción de la carne que debe evitarse; debemos buscar la gracia para conquistar esa aflicción, para que no tengamos la tristeza del mundo que produce muerte.

Este temor de la muerte es muy deshonroso para Dios. Parecería que puedes confiar en Él cuando hay buen tiempo, pero no durante las tormentas; que puedes creer en Él cuando estás bien y eres fuerte, pero que no puedes confiar en Él cuando te fallan la salud y la fortaleza. Nunca olvides lo que dijo David: “Dios, nuestro Dios ha de salvarnos, y de Jehová el Señor es el librar de la muerte”. Grandemente glorificamos a Dios

cuando podemos decir con Job: “He aquí, aunque él me matare, en él esperaré”; pero si tenemos temor de morir, parecería que no tuviéramos confianza plena en Dios, o ese amor perfecto hacia Él que expulsa al temor.

Y este temor de la muerte tiende también a deshonorar mucho a nuestra santa religión a los ojos de quienes no son creyentes en Jesús. La calma con la que el cristiano espera su fin, e inclusive el santo gozo con que lo anticipa, es una de las cosas que los impíos no pueden entender; y aun si no lo confiesan, quedan altamente impresionados por ello, y a menudo sienten que sus corazones anhelan conocer ese bendito secreto que hace que los cristianos esperen sus últimos días sobre la tierra con espíritu tan jovial. El cristiano que contempla la muerte con gozo, es un sermón viviente. Es una mejor defensa del Evangelio que todas las obras que Butler y Paley, y los otros escritores de evidencias cristianas, hayan compilado jamás. De aquí, queridos amigos, que la Iglesia de Cristo pierda esta defensa, y el mundo pierda esta evidencia, cuando nos turbamos por el temor de la muerte. Este miedo no debería encontrarse en los cristianos; si alguna vez lo sintieran, deberían luchar contra él hasta vencerlo.

¿Por qué sobresaltarnos, o por qué temer a la muerte?
¡Qué gusanos temerosos somos los mortales!
La muerte es la puerta para el gozo ilimitado,
Y sin embargo sentimos un pavor de entrar allí.

Los dolores, los gemidos, los estertores moribundos,
Aterrán a nuestras almas cuando nos acercamos;
Todavía nos encogemos buscando la vida,
Afectos a nuestra prisión y a nuestro barro.

“¿Cómo podremos librarnos de este temor?” Bien, no tratemos nunca de librarnos de él, como lo hacen algunos, olvidándonos por completo de la muerte. Eso sería vivir como las bestias que perecen; ellas viven su pequeño día aquí, sin ningún pensamiento más allá del presente. El buey y la oveja van al matadero sin el poder de mirar más allá de la vida presente. No me gustaría alcanzar la paz mental, poniéndome al nivel de ese “ganado arriado y sumiso”. Sin embargo en muchos hombres la única paz brota de la irreflexión; pero esa es una triste paz que no puede resistir el estudio y la

consideración. Vamos, conocemos a ciertas personas que pueden ser valerosas cuando están acompañadas, y que inclusive llegan a blasfemar contra Dios; pero pónganlos solos en una habitación, oblíguenlos a pensar en la soledad durante una única hora, y no podrían ser condenados a una mayor miseria. No pueden soportar la idea de deshacerse de sus gozos presentes; aventurarse en otro mundo les parece una empresa tan riesgosa, que prefieren olvidar todo al respecto, y cerrar sus ojos a todos los pensamientos más allá de esta vida.

No es de esa manera que los cristianos se sobreponen al miedo de la muerte. Ellos son previsores y desean ponderar, considerar y juzgar lo relativo al futuro tanto como el presente. Desean mirar más allá de esta condición mortal; piden una visión más brillante y anhelan que el alcance de su mirada sea más claro, y no quieren cerrar sus ojos al futuro, independientemente de lo que guarde para ellos.

Voy a tratar de responder tres preguntas concernientes a este temor de la muerte. Primero, ¿dónde debemos mirar para ser librados de él? En segundo lugar, ¿además, en qué otra cosa debemos pensar para que nos ayude a conquistarlo? Y, en tercer lugar, ¿qué debemos hacer para vencerlo?

I. Entonces, en primer lugar, ¿DÓNDE DEBEMOS MIRAR PARA SER LIBRADOS DE ÉL?

Amados, la respuesta es que deben buscar allí donde están obligados a buscarlo todo, es decir, DEBEN MIRAR AL SEÑOR JESUCRISTO, pues no hay una verdadera liberación del temor de la muerte excepto mirando a Aquél, cuya muerte es la muerte de la muerte. El versículo que precede a nuestro texto sugiere esto cuando nos informa que Jesucristo se hizo hombre “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”.

¿Cómo quita Cristo de nosotros el temor de la muerte? Él lo hace, primero, quitando de nosotros el pecado que es el aguijón de la muerte. Morir perdonado, “aceptos en el Amado”, no es morir realmente, sino sólo partir de este mundo al Padre. El pecado no perdonado es lo que hace difícil reclinar la cabeza agonizante sobre la almohada; pero cuando el pecado es

perdonado y sabemos que ha sido perdonado, y tenemos perfecta paz con Dios, podemos incluso anhelar que venga ese último anochecer de nuestra vida, para desvestirnos y dormir en Jesús. Asegúrense, amados, de haber sido perdonados; “Procurad hacer firme vuestra vocación y elección”. Sepan con certeza que las palabras de Jesucristo se aplican a ustedes: “De cierto, de cierto os digo: el que cree en mí, tiene vida eterna”. Descansen plenamente sobre ese sacrificio que una vez ofreció Él sobre la cruz, cuando hizo una expiación completa por todos los que creen en Él; entiendan que Él los ha lavado de sus pecados con Su sangre, y los ha hecho reyes y sacerdotes para Dios; y entonces no veo cómo el temor de la muerte pueda vivir todavía en ustedes.

Si el pecado es perdonado, estoy asegurado;
La muerte no tiene otro aguijón a la mano:
La ley da al pecado su poder condenatorio;
Pero Cristo, mi rescate, murió.

Además, Cristo los ha librado del temor de la muerte cambiando el propio carácter de la misma muerte. Ustedes saben lo que Él dijo a Marta: “Todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente”; y los creyentes ciertamente no mueren en el sentido en que las otras personas mueren. Ellas mueren para soportar el castigo del pecado; pero en cuanto a nosotros, ese castigo fue sufrido por Cristo. Todas nuestras iniquidades fueron cargadas sobre Él, y Él sufrió todo su merecido castigo. La muerte no es un castigo para el creyente; es un desplazamiento desde este estado del tiempo a otro estado más elevado; es romper la cáscara que ahora nos aprisiona; es romper el cable que nos retiene en la costa; es abrir la cadena que detiene al águila en la roca. La muerte nos suelta para que podamos remontarnos por los aires hasta esa tierra de luz y de amor donde está Jesús, como canta John Newton:

En vano mi fantasía procura pintar
El instante después de la muerte,
Las glorias que rodean al santo
Cuando exhala su último suspiro.

Un delicado aliento rompe el grillete:

Escasamente podemos decir, ‘¡se ha ido!’
Antes que el decidido espíritu tome
Su mansión cerca del trono.

La muerte para el creyente no es una ejecución, es su liberación, es su manumisión (1), y su admisión a la gloria de Dios.

Cristo ha quitado el temor de la muerte a quienes verdaderamente Lo conocen, al asegurarnos que nuestra alma no morirá ni se extinguirá. Hay un principio vital dentro de nosotros, como Él lo ha dicho: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria”. No nos entristecemos, como sin esperanza, en lo relativo a quienes se han dormido en Jesús, pues sabemos que ellos están para siempre con el Señor. “Estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor”, es la revelación divina concerniente a todos los que están en Cristo Jesús por una fe viva. Porque nuestras almas no morirán jamás, no tememos aventurarnos en el mundo de los espíritus.

Luego está esa doctrina esencial de la fe cristiana, que no fue revelada a los hombres, en toda su plenitud, sino hasta que vino Jesús; quiero decir, la doctrina de la resurrección del cuerpo. Es debido al cuerpo que sentimos algún temor; la corrupción, la tierra, y los gusanos son su herencia, y nos parece algo duro que estos ojos, que han visto la luz, se apaguen en el suelo; que estas manos, que han estado activas en el servicio de Dios, permanezcan quietas en la tumba; y que estas piernas, que han pisado el sendero del peregrino, sean incapaces de moverse más.

Pero, ¡valor, creyente! Tu cuerpo se levantará otra vez. Podrá estar enterrado, pero la tierra no lo contendrá. La voz de la naturaleza te ordena morir, pero la voz del Omnipotente te ordena que vivas de nuevo. Porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados:

De lechos de polvo y de silente arcilla,
A los dominios del día eterno.

Esta es nuestra consolación: como Jesús murió, y resucitó de los muertos, “así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él”.

Puesto que tenemos este doble consuelo para el alma y el cuerpo, ¿qué más necesitamos?

De esta manera les he mostrado que, para vencer el temor de la muerte, debemos mirar a Jesucristo en la cruz expiando nuestras culpas, en la resurrección levantándose por nosotros, en la gloria tomando posesión de nuestro hogar por nosotros, y a la diestra de Dios preparando un lugar para nosotros, poseyendo todo poder y usándolo para llevarnos a Su reino eterno. Y pronto vendrá de nuevo, en toda la gloria de los postreros días, para resucitar de la muerte los cuerpos de Su pueblo, a menos que todavía estén vivos en Su venida. Este es Quien conquista para nosotros el temor de la muerte; es a Él que debemos mirar: “puestos los ojos en Jesús”. Mantengan sus ojos siempre puestos en Él, y entonces el temor de la muerte no les someterá a servidumbre.

II. Ahora, en segundo lugar, ¿EN QUÉ OTRA COSA DEBEMOS PENSAR PARA AYUDARNOS A VENCER EL TEMOR DE LA MUERTE?

Primero, recordemos que si somos llamados a morir, no somos llamados a hacer algo más que Jesucristo no haya hecho por nosotros. Cuando mi cuerpo baje a la tumba, no será el primer inquilino del sepulcro. Miríadas de santos han estado allí antes, y, lo mejor, el Maestro y Señor de los santos ya ha dormido en la tumba. Ustedes recuerdan que Jesús dejó el sudario enrollado en un lugar aparte, para que los que lloran pudieran usarlo para secar sus lágrimas; y los lienzos de lino en que había sido envuelto, permanecieron juntos para que nuestro último lecho pueda estar debidamente cubierto, para que la habitación en que dormimos por última vez, pueda estar bien amueblada. Más que eso:

Allí descansó la amada carne de Jesús,
Y dejó un perfume duradero.

¿Acaso el siervo no debe ser como el Señor? ¿Pide más Él? Si el Rey mismo ha transitado por ese camino, ¿tendrán miedo Sus guardaespaldas, Sus soldados, Su acompañantes, de seguir la misma senda que desciende? No, amados; siguiendo el rastro del Crucificado hasta la tumba de José de Arimatea, pueden caminar allí con seguridad. Si las huellas del rebaño nos

han alentado a menudo, ¡cuánto más deberían hacerlo las huellas del Pastor! Entonces, creyentes, no tengan miedo de morir, pues Jesús murió.

Recuerden, también, que la muerte no nos apartará del amor de Cristo, ni de Cristo mismo. Él está con nosotros ahora, y Él estará con nosotros en aquel momento; y, después de la muerte, estaremos con Él eternamente. Él nos ama hoy, y nos amará mañana, y nos amará toda la vida; Él nos amará en la muerte, y nos amará por toda la eternidad. Esta es la verdad que Pablo proclamó cuando escribió, “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”. En uno de sus inventarios de las posesiones cristianas, él escribe, “sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro”; entonces la muerte es de ustedes si están en Cristo Jesús. Si la agonía pudiera separar a los miembros del cuerpo místico de Cristo, de su Cabeza, eso sería ciertamente la muerte; si esa aflicción atroz pudiera dividir el corazón de Jesús del corazón de Sus elegidos, entonces podríamos sentir miedo de morir; pero no es así. Si vamos a experimentar algo diferente al morir, es que los lazos que nos unen a Cristo serán más firmes, y la revelación de Cristo se tornará más brillante, y Jesús estará más cerca y será más amado de lo que antes haya sido por nosotros, en nuestra partida de la tierra. “Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras”.

A continuación, recordemos que la muerte ni siquiera nos separará de todos nuestros amigos. Arrebatará a la esposa del marido, y al hijo de la madre, y debemos dejar atrás a muchos que han sido nuestros camaradas en la batalla de la vida. Pero especialmente para ustedes que se están volviendo viejos, debe ser un pensamiento muy consolador, el que probablemente la mayoría de sus mejores amigos ya han cruzado el río. Si contaran a todos los que han sido muy queridos por ustedes desde su juventud, descubrirían que la mayoría se han ido antes que ustedes, al progresar los años; y hay algunos en lo alto que, con la excepción del Salvador, por supuesto, se contarán entre los más queridos amigos que esperamos ver allá arriba. La madre encontrará a sus pequeños hijos, que le fueron prestados por una corta temporada y llevados al cielo, seguros en la otra orilla. Y los abuelos, y los padres, y los hermanos, y las hermanas, y muchos compañeros

miembros de la iglesia, con quienes íbamos a la casa del Señor en compañía, todos están allá listos para darnos la bienvenida tan pronto lleguemos a la ciudad celestial.

Por tanto, no teman la muerte por la separación de los amigos, aquí abajo, sino que más bien alégrense ante la perspectiva de una bendita reunión con los amigos, allá arriba. Tal vez ustedes lamenten que tengan que dejar a algunos atrás, pero piensen en los amigos que ya están allá, y que su espíritu se regocije al recordar que ustedes van “a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos”. Otra vez les digo: “alentaos los unos a los otros con estas palabras”.

Pienso que el temor de la muerte debería abandonarnos cuando recordemos que será una respuesta a muchísimas de nuestras oraciones. No estoy muy seguro que hagamos siempre lo correcto cuando cantamos palabras como éstas:

Padre, anhelo, ansío ver
El lugar de Tu habitación.

Recuerdo a un ministro, un viejo amigo mío, que subió al púlpito un domingo por la mañana, y estando allí, leyó ese verso:

Padre, anhelo, ansío ver
El lugar de Tu habitación;
¡Quisiera abandonar Tus atrios terrenales, y escaparme
A Tu asiento, mi Dios!

Mientras él musitaba estas palabras, se sentó, cayó de espaldas y se marchó para estar con su Dios. No deberíamos aventurarnos a decir o cantar palabras como éstas, a menos que estemos plenamente preparados para un cambio muy súbito, como el que experimentó mi anciano amigo. ¡Pero cuán a menudo ustedes y yo hemos orado para ser librados de problemas! Bien, estaremos libres de problemas entonces. ¡Cuán a menudo hemos orado para ser librados del pecado! Seremos libres de pecado entonces. Hemos orado para ser librados de la tentación; lo seremos entonces. Hemos pedido ser semejantes a Jesús; y lo seremos entonces. Hemos orado por una visión más clara de Él, y la tendremos entonces. Vamos, nuestras oraciones, excepto

cuando oramos: “Y toda la tierra sea llena de su gloria”, escasamente pueden ir más allá de lo que pedimos cuando decimos, “que estemos Contigo allí donde Tú estás”. Mediante nuestra muerte, el Señor responderá nuestras oraciones. Un beso de Su amada boca en nuestros labios se llevará en el beso nuestras almas, y estaremos donde veremos Su bendito rostro en todo el esplendor de Su gloria. Entonces, si la muerte es la respuesta a sus oraciones, ¿por qué deberían temerla?

Recuerden también que la muerte viene acompañada de consuelos muy especiales. Yo recuerdo un sermón de mi abuelo que se grabó en mi juvenil memoria, y está todavía fresco en mi recuerdo. Olvido el texto, pero creo que fue, “hallar gracia para el oportuno socorro”; y al final del primer encabezado, el anciano caballero dijo: “pero hay un tipo de gracia que ustedes no necesitan”. Luego prosiguió con el segundo encabezado, y mencionó otro tipo de gracia, y de nuevo repitió: “pero hay un tipo de gracia que ustedes no necesitan”. Él tenía preparados cinco o seis encabezados en su sermón, y al final de cada uno de ellos decía: “pero hay un tipo de gracia que ustedes no necesitan”. Todos nos estábamos preguntando qué sería lo que quería decirnos, cuando terminó con esta observación: “ustedes no necesitan gracia para morir, sino hasta que el momento de morir llegue”. Había verdad en esa observación. Yo podría preguntarme: “¿siento ahora que podría morir calmada e inclusive triunfalmente?” Me podría hacer esa pregunta si quisiera, pero difícilmente sería una pregunta válida, pues aún no he sido llamado a la muerte; sin embargo, mi experiencia y observación de otras personas me lleva a creer que una gracia muy extraordinaria es otorgada a menudo a los creyentes en sus últimas horas. He visto a personas tímidas que se tornan más fuertes que los intrépidos; he visto a los que se baten en retirada volverse más audaces que los valientes; y he conocido a algunos que antes parecían casi mudos, que han hablado con incomparable soltura; y he visto algunos rostros iluminados por un gozo sobrenatural, que antes se contaban entre los que dudaban y temían en la familia de Cristo.

Hay revelaciones escogidas, manifestaciones especiales, acercamientos estrechos con Cristo, más amplias emanaciones del amor proveniente de Él, y mayor entrada en el alma del brillo de Su presencia, en esos tiempos, como nunca las hubo antes. Cuando el cuerpo es fuerte, a menudo parece

como una gruesa pared que impide el paso de la luz; pero cuando viene la enfermedad y sacude la ciudadela, abre grandes grietas en la pared y en el techo, y a través de esas grietas entra la luz a raudales como nunca antes había entrado. Yo no puedo dudar nunca de la verdad de nuestra santa fe, ni de la realidad de la religión, después de lo que he presenciado junto a los lechos de los moribundos del pueblo del Señor. Puedo contarles de una mujer, que murió esta semana, que fue un miembro de esta iglesia durante muchos años. Perdió la conciencia en sus últimas horas, pero hasta ese momento, habría sido un verdadero gozo verla, para cualquiera de ustedes. Ella solicitaba casi incesantemente a sus amigos que cantaran himnos tales como:

Salvos en los brazos de Jesús.

En tanto pudo hacerlo, ella participaba, sintiendo más profundamente que cualquiera de los que la rodeaban, el verdadero gozo del himno, pues ellos estaban llenos de tristeza al pensar que perderían a alguien a quien amaban, pero ella estaba gozosa ante la perspectiva de contemplar pronto la faz de Aquél, a quien su alma amaba tan intensamente. Yo no creo que haya gozo en la vida que iguale el gozo de los creyentes al partir. Ustedes podrían visitar los antros de insensatez, si quisieran, buscando allí el gozo, pero no encontrarían gozo digno de experimentarse. Podrían ir a los palacios de los reyes, a las cámaras nupciales; podrían acudir donde la salud, y la fortaleza, y la fama, y el honor contribuyen al júbilo mundano; pero no encontrarían el gozo profundo, intenso, en otra parte como lo encontrarán en esa habitación donde el sudor de la muerte baña la faz del creyente, pero donde a la vez, la gloria del cielo brilla en su rostro. He escuchado que algunos han dicho que valió la pena vivir para poder sentir el gozo experimentado en su agonía, por lo que no hay motivo para que el cristiano tema la muerte si una experiencia de esta magnitud lo aguarda.

Pero no es tanto el gozo de morir lo que puede consolarnos, como la vida más allá de la muerte. Nunca me ha gustado oír que la gente cite la primera parte de ese texto, y omita la última porción, “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios”.

Los cristianos saben que hay un gozo inefable y eterno que será su porción tan pronto partan de este mundo para estar con el Padre. Bien cantamos hace sólo unos instantes:

Entonces, si la duda y el peligro se oponen a mi
progreso,

Únicamente hacen al cielo más dulce al final:

Que venga el gozo, o que venga la tristeza, sin importar
cuál,

Una hora con mi Dios compensará por todo ello.

¿Cuáles serán las sensaciones de la primera hora en el cielo? No trataré de describirlas, dejaré que ustedes mismos las imaginen; pero, ¿cuáles serán las sensaciones cuando te des cuenta que no vas a estar allí simplemente una hora, o un día, ni siquiera durante setenta años, sino por siempre jamás? Del que venciere, Cristo dice: “nunca más saldrá de allí”; será bendito eternamente y para siempre en la presencia de su Señor. Los justos irán “a vida eterna”. Quiten esa palabra: eterna, y nos habrán quitado todo; pero mientras ella permanezca, ¡el cielo del cielo es el hecho que durará eternamente y para siempre!

No puedo detenerme para hablar extensamente sobre todo esto, pero ciertamente suplico a cada hijo de Dios que reflexione mucho acerca de estos temas consoladores; y luego, seguramente, será ayudado para vencer el temor de la muerte.

III. Ahora, en tercer lugar, ¿QUÉ HAREMOS, y también, en qué pensaremos, PARA QUE PODAMOS VENCER EL TEMOR DE LA MUERTE?

Primero, yo diría, que muramos cada día. “Cada día muero”, dijo el apóstol Pablo. El hombre que practica el morir cada día, el hombre que tiene, por decirlo así, un ensayo diario de la muerte, no tendrá miedo de la realidad cuando ésta llegue. Es sabio que hablemos de nuestras últimas horas, que estemos familiarizados con el pensamiento de nuestra partida de este mundo. Cada noche, cuando vayamos a la cama, debemos tener un ensayo de la muerte. Nos desvestimos por la noche de la misma manera que tendremos que quitarnos nuestros cuerpos en la muerte. Me gusta más esa

idea los sábados por la noche, pues entonces nos quitamos la ropa usada del trabajo y la apartamos, y nos dormimos; y luego, en la mañana, están listas nuestras ropas domingueras para que las usemos; y oh, qué maravillosas ropas domingueras tendremos cuando nos despertemos en la mañana en el cielo, y estemos “vestidos de lino fino, limpio y resplandeciente”, que es “las acciones justas de los santos”.

Entonces, mueran diariamente, hermanos, de esa manera; adquieran el hábito de hacerlo. Recuerdo a una anciana mujer cristiana que acostumbraba decir que había hundido su pie en el río de la muerte cada mañana antes de abandonar su habitación, así que no le preocupaba cuando fuera llamada a atravesarlo, pues estaba acostumbrada a “morir cada día”.

El siguiente consejo que tengo para darles es este, no sientan apego por las cosas terrenales. ¿Tienes grandes posesiones y muchos amigos? Preocúpate de no apegarte demasiado a ellos, pues hay peligro alrededor de todo eso. Alguien le hizo una observación a un rico que lo llevó alrededor de sus parques y jardines, “¡Ah, señor, estas son las cosas que hacen difícil morir!” Los pobres cuentan con poco para vivir; y cuando se marchan, no sienten el pesar que el ambicioso y el rico lleno de avaricia sienten a menudo, o el hombre que ha adquirido terreno tras terreno, y finca tras finca, hasta que llega a poseer toda la tierra en la región donde vive. “¿Acaso debo dejarlos? ¿Debo dejarlos?” ha sido a menudo el grito del avaro, tratando de apretar con sus dedos moribundos las bolsas de dinero.

¡Oh, amados, no se apeguen a nada! Ustedes se encuentran en un mundo moribundo, y todo alrededor de ustedes es, al igual que ustedes mismos, transitorio y fugaz. No construyan su nido aquí como si fueran a habitarlo para siempre. Debemos vivir en este mundo como huéspedes de un mesón. Hubo una vez un buen obispo que acostumbraba decir que le gustaría morir en un mesón, porque sentía que de esa manera estaría en una posición similar, tanto literal como espiritualmente; y, verdaderamente, ese es el espíritu con el que los cristianos deben vivir aquí. Un hombre que está de viaje llega a un hotel para pasar la noche; él no se turba porque la habitación no sea mucho de su agrado, pues saldrá a la mañana siguiente.

Tú, creyente, estás únicamente en un mesón, así que no te inquietes por los pequeños inconvenientes del lugar, pues debes partir a la mañana, y

puedes estar seguro que el carruaje de tu Padre estará a la puerta, esperándote, en el momento preciso. Por tanto ten todo listo y debidamente empacado para tu partida. No andes comprando muchas cosas aquí, pues no te las podrás llevar contigo. Ten muy poco, y tenlo todo listo. Y algo muy recomendable es que envíes todo lo que puedas, delante de ti. Alguien comentó, el otro día, que la mejor forma de viajar era que enviaras todos tus bienes por adelantado en el tren de carga, y que luego tú fueras en el tren expreso de pasajeros, en primera clase. Él explicó que lo que pretendía decir era que tenías que dar lo más posible a los pobres, y a la Iglesia de Dios, y así enviar eso en el tren de carga. “Lo que gasté, tenía”, dijo alguien; “lo que guardé, perdí; lo que repartí, tengo”; y ciertamente es así cuando mueren los creyentes. Pero todavía les pertenece lo que han dado a Dios y a Sus pobres; “pero, ¿a quién le pertenece lo que han dejado atrás?” Tal vez un ingrato heredero lo malgastará todo en el pecado.

A menudo he admirado la diferencia entre el funeral de un hombre rico y el de un pobre; le duele a uno, a veces, pensar en el funeral del rico. ¿Qué piensan los hijos y las hijas del avaro acerca de ello? Están sumamente interesados en regresar cuanto antes a casa, para escuchar la lectura del testamento. Pero cuando muere el pobre, es otra cosa totalmente diferente. Lo acompaña su hija, Juana, que trabaja por fuera; ella hace su pequeña contribución para el costo del funeral. Lo acompaña su hijo, Juan, que tiene una esposa y cuatro o cinco hijos, pero se las arregla para contribuir con algo. Todos los hijos hacen algo por ayudar; y las lágrimas que derraman por el pobre anciano son lágrimas honestas, pues no se benefician en nada por su partida, y el dolor en su funeral es real y verdadero. Pero ya sea que seas rico o pobre en bienes de este mundo, asegúrate que estés entre “los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”.

Pero la principal manera de vencer el temor de la muerte es creer firmemente en tu Señor. Generalmente encontrarás que en la medida que tu fe se fortalece, tu temor de la muerte se disipará, y cuando la fe se debilita, el miedo entrará para tomar su lugar. Date cuenta que Cristo es tu Salvador, que Él te ama y se ha entregado por ti, y te ha salvado con una salvación eterna. Date cuenta que Él ha grabado tu nombre en las palmas de Sus manos, no, mejor aún, que Él ha inscrito tu nombre en Su corazón. Recuerda que aunque una mujer pueda olvidar a su hijo que amamanta, tu

Señor no puede olvidarte nunca; y que Él ha dicho: “No te dejaré, ni te desampararé”; y entonces podrás decir, “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento”.

Lo siguiente que les exhorto que hagan es caminar mucho con Dios. Nunca se aparten de la comunión con Él. No pueden sentir temor de la muerte mientras caminen con Él. Hubo un hombre, ustedes recuerdan, que no murió nunca, y la razón fue que caminó con Dios; si alguien quiere escapar del terror de la muerte, debe seguir el camino de Enoc. Es la única manera de elevarse por encima del miedo natural que nos acosa en todo momento.

Además, para librarse del temor de la muerte, los exhorto a que sirvan a Dios cada día con todas sus fuerzas. Vivan cada día como si fuese su último día. Si cualquier cristiano supiese que contaba únicamente con un día más de vida, ¡cuánta cantidad de trabajo no terminaría en ese día! Entonces hagan eso cada día, puesto que cualquier noche, cuando duerman, podrían hacerlo por última vez en la tierra; vivan a un ritmo acelerado; sirvan al Señor con todo su corazón, y mente, y alma, y fuerza, y traten de completar un día pleno de trabajo cada día.

Me encontré el otro día con un fragmento de poesía que me impactó profundamente; me pregunto si los impactará a ustedes, como me impactó cuando la leí:

Mi trabajo está hecho, y me acuesto para morir;
Cansado y desgastado por el viaje, anhelo descansar;
Di sólo la palabra, amado Señor, y yo volaré,
Como paloma dejada en libertad, para anidar en Tu
pecho.
‘Todavía no, hijo mío; espera un poco más,
Yo quiero que veles en oración a las puertas de la
gloria’.

Pero, Señor, no tengo fuerzas para velar ni para orar,
Mi espíritu está entorpecido y turbia es mi mirada;
Y voy a entristecer Tu amor despierto, como lo hicieron

Quienes en el huerto dormían, aquella noche pascual.
'Hijo mío, yo necesito tu debilidad, cada hora
Para manifestar en Mí, que tu debilidad es poder'.

No es por mí que hago esta petición,
Seres amados, por mí, pierden la floración sin par de
vida;
Y tiernos, pacientes, sin quejas, silenciosos,
Desgastan su gozo en mi aposento oscurecido.
'Basta, hijo mío; Yo necesito su amor a ti;
Alrededor de tu lecho, Me ministran a Mí'.

Es suficiente, amado Señor, sí, Amén;
No soltaré más ningún murmullo ni objeción;
Sólo completa Tu obra en mí, y entonces,
Lláname, y pídemme que responda: 'heme aquí'.
'Hijo mío, la señal que esperaba ha sido dada:
Tu obra está terminada; ahora te necesito en el cielo'.

Yo admiro el comentario del señor Whitefield, que les he citado antes, "trato de guardar todos mis asuntos arreglados de tal manera que, si muriera en cualquier momento, no representen ningún problema para los que me sucederán". Él era tan particular en sus hábitos, que no podía conciliar el sueño si había siquiera un par de guantes que no estaban en su lugar; y a mí me gusta sentir que, en la medida de lo posible, todo esté bien en mis propios asuntos. No me sorprende que algunos cristianos tengan miedo de morir ahora, pues se acuerdan que no han hecho su testamento. Sencilla como pueda parecerles esta observación, es un asunto muy importante, pues es algo terrible que un hombre caiga súbitamente enfermo, y en lugar de pensar en su partida hacia Dios, tenga que solicitar un abogado; y cuando su razón escasamente está lista para ello, tiene que estar haciendo planes acerca de lo que se hará con su esposa y sus hijos, y con los otros, a los que quiere beneficiar. Arreglen ese asunto tan pronto como puedan, y resuelvan todo lo demás que requiera de su atención, para que puedan decir: "aquí estoy, como un pasajero en la estación de trenes. Mi equipaje está todo listo, y sólo espero subirme al vagón, y partir". Feliz el hombre que así está preparado, pues no necesita tener ningún temor de la muerte.

Y, hermanos, si quieren librarse del temor de la muerte, mi última palabra de consejo es, usen el telescopio con mucha frecuencia. Miren a lo lejos, a las colinas eternas, donde se encuentra su herencia celestial, pues toda la gloria que Cristo tiene con el Padre, es suya. Ustedes se sentarán en Su trono, así como Él se sienta en el trono del Padre. Ustedes serán coronados, como Él es coronado. Miren por encima de esta niebla y de esta bruma, más allá de la helada y de la nieve, a la tierra donde el sol no se pone nunca, donde los días de su aflicción habrán finalizado para siempre. Que su espíritu se regocije porque, como son uno con Jesús, ya han tomado, por fe, posesión de la tierra donde no estarán más sujetos a ningún dolor, ni tribulación, ni tristeza, ni pecado, ni muerte.

Felices las personas que tienen un lugar tan bendito donde ir cuando mueran; pero me temo que hay algunos aquí que no tienen esa perspectiva ante ellos. Para ellos voy repetir una sencilla historia que ya les he referido a algunos de ustedes antes. He oído de un cierto rey que tenía un bufón o un “gracioso” para que lo divirtiera, como los reyes suelen tener. Pero este “gracioso” no era tonto; tenía mucho sentido común, y había pensado sabiamente acerca de los asuntos eternos. Un día que hubo agrado grandemente al rey, su majestad le dio una vara diciéndole: “Clarín, allí tienes una vara que debes guardar hasta que veas a un tonto más grande que tú, y entonces puedes dársela”. Un día su majestad enfermó, y se pensó que moriría, y muchos fueron a verlo, y Clarín también fue, y dijo: “¿Qué sucede, su majestad?” “Me voy, Clarín, me voy”. “¿Dónde va?” preguntó Clarín. “Me temo que muy lejos”, respondió el rey. “Y, ¿va a regresar, su majestad?” “No, Clarín”. “¿Entonces, se quedará por largo tiempo?” “Para siempre”, dijo el rey. “Yo supongo que su majestad tiene listo un palacio allá”. “No”. “Pero yo supongo que ya se ha provisto de todo lo que va a necesitar allá, ya que va tan lejos y no regresará nunca. Yo supongo que ya ha enviado muchas cosas, y se ha provisto de todo con anticipación”. “No, Clarín”, respondió el rey, “no he hecho nada por el estilo”. “Entonces, aquí tiene, su majestad, tome mi vara, pues usted es un mayor tonto que yo”.

Y si hay un hombre aquí que no haya hecho ninguna provisión para la eternidad, y que no tenga una mansión, ni ningún lugar dónde quedarse, ningún tesoro, ningún Amigo, ningún Abogado, ningún Auxiliador allá, es un tonto gigantesco, sin importar quién sea. Que el Señor le dé a ese tonto

un poco de sentido, y lo conduzca a confesar su insensatez, y a mirar a Jesús, que es Salvador, Amigo y Cielo, todo en uno. ¡Que Dios los bendiga, por Cristo! Amén.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'C. H. Anderson', with a stylized, cursive script.

Nota del traductor:

(1) Manumitir: Dar libertad a un esclavo. Se usa también en sentido figurado, con el significado de liberar de cualquier servidumbre o sujeción. [\[volver\]](#)